

MARÍA, MADRE DE DIOS

Lunes, 3 de diciembre

La meditación sobre María, *llena de gracia*, nos conduce al misterio de la Anunciación; la meditación sobre María, *mujer creyente*, al misterio de la Visitación; la meditación de hoy, sobre María, *madre de Dios*, nos conduce al misterio de la Navidad.

Fue en Navidad el momento en el que “dio a luz a su hijo primogénito” (Lc 2,7), cuando María se convirtió verdadera y plenamente en Madre de Dios. Al hablar de María, la Escritura resalta constantemente dos elementos fundamentales para que exista una verdadera y plena maternidad. Estos son *concebir* y *dar a luz*. Dice el ángel a María: “concebirás en tu vientres y darás a luz un hijo” (Lc 1,31). Estos dos momentos también los recoge el evangelista Mateo: “lo engendrado en ella es fruto del Espíritu Santo (...) y ella dará a luz un hijo” (Mt 1, 20s). De ahí la afirmación hecha anteriormente: solo en Navidad, cuando da a luz a Jesús, María se convierte -en sentido pleno- en Madre de Dios. El primer momento, el engendrar, es común al padre y la madre; el segundo, el dar a luz, es exclusivo de la madre.

“Madre de Dios” es el más antiguo e importantes título dado a la Virgen, habiendo sido reconocido por la Iglesia en el concilio de Éfeso en el año 431. Fue un momento de gran júbilo para la población de Éfeso, que esperó a los padres fuera del aula conciliar y les acompañó con antorchas y cantos hasta sus casas. Con gracia dice el papa Francisco: “Aquel pueblo sabía lo que decía. No sólo gritaba; según la tradición, empuñaba bastones. Eso es lo que les esperaba a los obispos si no hubiesen proclamado a la Virgen “Madre de Dios”: el bastón...”. Esta proclamación determinó una explosión de júbilo y veneración hacia la Madre de Dios que nunca ya se apagó, ni en Oriente ni en Occidente, y que se tradujo en fiestas litúrgicas, iconos, himnos y en la construcción de innumerables iglesias dedicadas a ella.

Siendo importante esto que acabamos de decir, cobra más importancia el que no aproximemos de forma contemplativa (es decir, con una mirada libre, penetrante y afectiva) a este misterio de la maternidad divina de María. Sólo así descubriremos poco a poco la riqueza tan grande que esconde este título de Madre de Dios, que nos habla, a la vez, de Jesús, de Dios y de María.

“Madre de Dios” nos habla en primer lugar de Jesús, para decirnos no solo que es verdadero hombre y, por tanto, ha compartido la experiencia humana, sino también que Jesús es Dios y, por tanto, no un hombre más, sino el Dios hecho hombre. María es Madre de Dios solo si Jesús es Dios desde el mismo momento en que nace de ella. En la persona de Jesús se da la unidad profunda entre Dios y el hombre. De esta forma bien podemos decir que María es la mujer que ha fijado a Dios a la tierra y a la humanidad; aquella que con su divina y humana maternidad ha hecho para siempre de Dios el *Enmanuel*, el Dios con nosotros; aquella que ha hecho a Cristo nuestro hermano.

“Madre de Dios” también nos habla de Dios. Nos revela el verdadero rostro de Dios como comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tras este título de Madre de Dios se nos habla de la *humildad de Dios*. ¡Dios ha querido tener una madre! Si bien es verdad que el hombre ha intentado buscar a Dios en las alturas con sus solas fuerzas, la fe cristiana nos muestra a un Dios que silenciosamente desciende a las entrañas de una mujer. Esto supone un duro golpe para el orgullo humano y una invitación a la *humildad*, el modo con el que Dios se hace presente en la historia. El Dios que se encarna en el seno de una mujer es el mismo que se hace presente después en la Eucaristía. Como bellamente ha escrito el papa Francisco: “Desde que el Señor se encarnó en María, y por siempre, nuestra humanidad está indefectiblemente unida a él. Ya no existe Dios sin el hombre: la carne que Jesús tomó de su Madre es suya también ahora y lo será para siempre. Decir Madre *de Dios* nos recuerda esto: Dios se ha hecho cercano con la humanidad como un niño a su madre que lo lleva en el seno”. Todo esto significa que el Dios cristiano es *gracia*: que se accede a Él mediante el don y no mediante la conquista. Eligiendo esta vía materna para revelarse a nosotros, Dios santifica y redime no solo el nacimiento humano, sino también la misma existencia. Y, sobre todo, ha revelado la dignidad de la mujer. Cómo no recordar las palabras del apóstol Pablo cuando dirigiéndose a los gálatas les dice: “Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Gal 4,4). Es la mujer misma, cualquier mujer, la que ha sido elevada en María a una dignidad muy alta.

Pero también el título “Madre de Dios nos habla de María, de su grandeza, que justifica el honor a ella tributado. María, la virgen, esposa de José, que Dios ha elegido desde el primer instante de su existencia para ser la madre de su Hijo hecho hombre, es en palabras de santa Isabel, “bendita entre las mujeres”. Toda su vida está iluminada por el Señor, bajo el radio de acción del nombre y el rostro de Dios encarnado en Jesús, el “fruto bendito de su vientre”. Así nos la presenta el Evangelio de Lucas: completamente dedicada a conservar y meditar en su corazón todo lo que se refiere a su hijo Jesús. El misterio de su maternidad divina contiene de manera sobreabundante aquel don de gracia que toda maternidad humana lleva consigo, de modo que la fecundidad del vientre se ha asociado siempre a la bendición de Dios. La Madre de Dios es la primera bendecida y quien porta la bendición; es la mujer que ha acogido a Jesús y lo ha dado a luz para toda la familia humana.

Si María es madre y modelo de la Iglesia, que acoge en la fe la Palabra divina y se ofrece a Dios como “tierra fecunda” en la que él puede seguir cumpliendo su misterio de salvación, ¿cómo podemos nosotros imitar a María en este aspecto de ser la Madre de Dios? Para responder a esta pregunta hemos de recordar que María es Madre de Dios no solo porque ha llevado a Cristo físicamente en su seno, sino también porque ha concebido antes en su corazón con la fe. Claro que en el primer aspecto (engendrar de nuevo a Cristo) no podemos imitarla, pero sí podemos hacerlo en el segundo aspecto, el de la fe. Jesús mismo inició esta aplicación a la iglesia del título “Madre de Cristo” cuando declaró: “Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). También la Iglesia participa en el misterio de la

maternidad divina mediante la predicación, que siembra por el mundo la semilla del Evangelio, y mediante los sacramentos, que comunican a los hombres la gracia y la vida divina.

La Iglesia vive de modo particular esta maternidad en el sacramento del Bautismo, cuando engendra hijos de Dios por el agua y el Espíritu Santo, el cual exclama en cada uno de ellos: “Abbá, Padre” (*Ga 4,6*). La Iglesia, al igual que María, es mediadora de la bendición de Dios para el mundo: la recibe acogiendo a Jesús y la transmite llevando a Jesús. Él es la misericordia y la paz que el mundo por sí mismo no se puede dar y que necesita tanto o más que el pan.

Igual que María concibió y dio a luz a su Hijo, Jesús nos dice en el Evangelio que todo cristiano podemos llegar a ser madre en el sentido espiritual escuchando la Palabra y poniéndola en práctica. Ambas cosas son necesarias para alcanzar esa maternidad espiritual. De lo contrario se frustra el nacimiento. Acoger la Palabra sin ponerla en práctica se parece a aquél que formula buenos propósitos de conversión y después son olvidados y abandonados. En definitiva concibe a Jesús pero no le da a luz; es una fe sin obras. Pero también están los que dan a luz a Cristo sin haberlo concebido, es decir, realizan muchas obras, pero éstas no provienen del corazón, ni se hacen por amor a Dios, sino que provienen del hábito, del propio interés o de la satisfacción por hacer cosas.

Decía san Francisco de Asís que nosotros concebimos a Cristo cuando lo amamos con sinceridad de corazón y con rectitud de conciencia; y le damos a luz cuando realizamos obras santas que lo manifiestan al mundo. Estas palabras son un eco de las que pronunció Jesús: “Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (*Mt 5, 16*).

San Agustín, a su vez, nos invita a imitar a María, la Madre de Dios, con estas palabras: “Su Madre lo llevó en el seno, llevémosle nosotros en el corazón; ella alumbró al Salvador; alumbremos nosotros alabanzas. No seamos estériles, sean nuestras almas fecundas para Dios”.